

Lo más urgente de nuestra pastoral

Las técnicas del Apostolado

Yo tengo una definición, no sé si muy científica, pero sí práctica, para que mis alumnos de Historia lo entiendan. Técnica es la aplicación de los descubrimientos científicos a la fabricación de las cosas.

Mientras el sabio está trabajando en su laboratorio, aunque descubra la fuerza del vapor, o el poder de la electricidad, si este vapor y aquella electricidad no pueden aplicarse al tren o a la lámpara que alumbraba mi despacho, todavía no ha hecho su aparición la técnica.

Cuando el descubrimiento científico se ha convertido en algo asequible a todos, de fácil fabricación y manejo, la técnica ha puesto a nuestro alcance las ventajas de aquellos descubrimientos.

Poco importaba que Fleming hubiera descubierto la penicilina hace más de veinte años, si hasta hace cinco o seis el practicante no puede ponernos la dosis que el médico nos receta.

La técnica tiene la ventaja de hacer asequibles a todos, los provechosos de aquel científicismo del siglo XVIII, que entonces solamente eran fórmulas del *Journal des Savants* o experimentos entre retortas alambicadas de sabios con casaca y apuchón.

En el siglo XIX se tecnifican aquellos inventos y la máquina produce cantidades industriales de productos antes inasequibles, o solamente regalo de reyes y magnates.

En nuestros días la técnica, con sus tres grandes inventos: prensa, cine y radio, ha puesto en la mano de las clases sociales más humildes la noticia, el teatro y el concierto a la hora de comer. Lo que antiguamente sólo era patrimonio de la diplomacia estatal, de la nobleza y de los grandes señores.

La técnica enseña a hacer tal o cual cosa, a aprovecharse de ella, a utilizarla mediante tal o cual sistema o procedimiento práctico y concreto. Y el obrero que pone en marcha una central eléctrica con sólo apretar un conmutador, no necesita saber todo el proceso científico de la misma ni la razón de apretar un botón en vez de otro. Como el mecánico que guía un automóvil no necesita que conozca el misterio del motor de explosión. Yo mismo, que estoy escribiendo a máquina, no sé en virtud de qué principios se van escribiendo renglones tras renglones en la tersa cuartilla. Me baso en saber que tecleando aquí y allí las letras se alinean solas.

Como cada obrero que guía un tren o conduce un tren o fabrica espoletas o interviene en el proceso de una selección ganadera... lo hace siguiendo unas normas que el ingeniero, el veterinario o el técnico que sea ha descubierto y probado científicamente. El otro, con aplicarlas rigurosamente, conseguirá lo que se propone.

Por eso hoy, sin ser un Séneca o un Einstein, sino con ser un modesto obrero especializado, se pueden hacer maravillas. Basta aplicar las técnicas de la propia especialidad.

Esto en la medicina es frecuentísimo. Médicos que no son eminentes pueden operar con toda garantía aplicando las técnicas de los maestros. Hoy se hacen cientos de operaciones en los hospitales de provincias que hace cuarenta años solamente se intentaban en los de la capital.

Gracias a las técnicas aprendidas en escuelas, facultades y centros de investigación puede después el hombre medio salir airoso en su profesión.

Cierto que los genios no han necesitado muchas veces de técnicas

para hacer sus obras. Los autores del Partenón probablemente no estaban diplomados en la escuela de arquitectura. Pero hoy, merced a nuestros arquitectos e ingenieros, aun siendo menos portentosos que los que levantaron la Acrópolis de Atenas, pueden, sin embargo, construir avenidas y grandes vías en muchas ciudades a la vez.

Todo esto, que es tan razonable, a mi entender, y lo vemos puesto en práctica a cada paso en la vida diaria, no lo hemos asimilado del todo en nuestro apostolado.

Al santo yo le considero algo así como el genio, el hombre extraordinario, que dispone en su favor de gracias y cualidades naturales y sobrenaturales que le colocan en un plano superior al que recorremos los demás mortales. Estos están por encima de técnicas y reglas. Es como querer encasillar el arte de Miguel Ángel o de Lope de Vega. No hay que pensar en que el hombre medio puede irles a la zaga.

Pues lo mismo ocurre en el apostolado. Aunque otra cosa puedan pensar los seminaristas que comienzan a ordenarse rebosantes de fervor, no parece que entra dentro de la providencia ordinaria de Dios regalar a la iglesia con miles de curas de Ars o abundantes Franciscos Javier. Por lo que se colige a través de la historia de veinte siglos de cristiandad, la fe, la esperanza y la caridad se mantienen en el pueblo cristiano gracias al curita medio, al que sin ser de santidad canonizable, es lo suficientemente dócil a la gracia y a sus superiores para ir llevando las almas al cielo, sin olvidar la suya.

Bien; contando con esto, lo que hoy urge a la Pastoral es poner en manos de esos curitas medios los instrumentos más eficaces de apostolado. Hay que darles las "técnicas" más eficientes para realizar su misión sacerdotal.

En algunas cosas hemos hallado ya técnicas maravillosas. Y la aplicación fiel por esos curitas que no pasan de *benemeritus* está dando los mejores resultados.

Me refiero a los ejercicios espirituales.

San Ignacio descubrió una técnica perfecta para llevar el alma a la santidad, etc. Está todo previsto, regulado, indicado. Se comienza con "el principio y fundamento"; luego, la primera semana para compungirse de los propios pecados; después, en la segunda, conocer y seguir a Cristo, etc. Una manera, un método, un sistema mejor, indudablemente, que lo previsto hasta entonces. Todos hemos palpado en nosotros y en los demás los efectos maravillosos de esta técnica.

La ventaja de nuestros días ha sido aplicar dicha técnica por un número enorme de sacerdotes que en todas sus parroquias o en incontables casas de retiro ven cómo las almas marchan hacia Dios.

San Ignacio fué el genio que descubrió la técnica. La Compañía la propagó. Los modernos cursillos, conferencias, libros y comentarios nos la hacen posible a los que ni de lejos nos aproximamos al penitente de Manresa.

Algo semejante ocurre con las Misiones parroquiales. Fueron los santos del siglo XVII y XVIII (San Vicente de Paúl, San Grignon de Monfort, San Pablo de la Cruz, San Alfonso María de Ligorio, etcétera) los que hallaron el método de conmover los pueblos y arrastrar las masas hacia Dios. La técnica de ellos, sustancialmente, sigue siendo

(Continúa en la pág. 3.)

incunabile

Periódico Sacerdotal - Salamanca

Núm. 40. - Mayo 1952. - Redacción: San Pablo, 17. - Administración: Compañía, 3. - Apartado 116

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 30 PESETAS

NUMERO SUELTO: 4 PESETAS

Hablemos de liturgia

A los amigos del grupo litúrgico de Roma, que dirige don Jesús Fernández.

I. La palabra

—¡Ea, muchachos, volvámonos al diálogo! Vamos a atrevernos, aun en materia tan noble y exquisita, a extremarnos en la disputa y a encendernos como en una ronda de vino. Al aforismo del ruso de que el pensamiento expresado es una mentira, le vamos a jugar la mala pasada de confesarnos cofrades del coloquio, para lustre y realce de la teología de la palabra.

—Pero Tchiuchew era poeta y diplomático, que es alianza menos encomiable. Si el turbión de lo íntimo en el poeta buscaba legislación, docilidad a número y medida, servicio a la palabra, para salvarse, resabios de político le prevenían en contra. Credenciales, brindis de embajadas—pensaba el resentido—, palabras como muecas,

careta de pensamientos, música de manubrio, charanga. Y la onda poética es susurro dimidiado, que toda formulación empujece y sofoca.

—Si eso fuera verdad, este universo, este lujo soberano de masas, de giros y de órbitas, nunca hubiera nacido. Ni el Hijo hubiera tomado nuestra carne, atreviéndose a la gran metáfora. Ni habría lugar para el regocijo cuando una puerta se entreabre, en cualquier rincón de la tierra, y una voz anuncia: "Ha nacido un niño".

—A Tchiuchew empavorecía la aparente irreconciliación de los dos planos. Y se decidió por el silencio, que es la gran claudicación. Y con ello se cerró a la liturgia, y quien dice al catolicismo, aunque corra por ahí la voz de que después se convirtiera. Pues catolicismo y liturgia es palabra no rehusada, gozo renovado en el signo. Ni susurro que no se corporice ni mueca sin sentido, sino palabra, que es el

susurro interior en forma, los procesos de la intimidad del alma reducidos a la disciplina de un contorno exacto. El hombre medieval, archicatólico, elevó a fórmula social el silogismo "ahilado", que es la palabra protraída hasta la impetencia.

—Y hemos dado una ventajosa zancada en nuestro tema. Casi sería ya como para arrojar a los aires nuestras gorras, como los cadetes de West Point en la fiesta de su promoción. Atrás se queda el ruso, dormido entre vapores de su samovar, bostezando "toedium vitae", cobarde. Ante nosotros ahora, la gran meta, volcarnos del lado de la palabra, reivindicar la morfología.

—Con lo que se impone que por fin nos definamos. Y que nos definamos, como Diógenes con el movimiento, dinámicamente, o sea, andando o, mejor, saltando: el Wagnis voluntarioso. O Isaac de (Continúa en la pág. 2.)



Miren ustedes si lo ha conseguido. Ahí le tienen ustedes arrodillado sobre la alfombra, sobre el escudo pontificio, hincado ante el Papa. Y él le dice al Buen Padre que Violeta está mala, que quiere entrar con ella a la tumba de San Francisco, pero... que hay que tirar una pared. "Pues nada, la pared se tira, y listo." Y el chiquillo vuelve a Asis lleno de alegría: "¡Violeta, Violeta, que ya no te mueres; sonríe, Violeta, que vamos a entrar a la tumba de San Francisco; el Papa lo ha ordenado." Y al derribar el muro, aparecerá el conmovedor "tesoro" del Fundador.

Vea en páginas centrales:

"UN CAPELLAN MILITAR AL ASALTO DEL CAPITOLIO"

En la página 16:

"LA INQUIETUD SACRA DEL ARTE VANGUARDISTA"